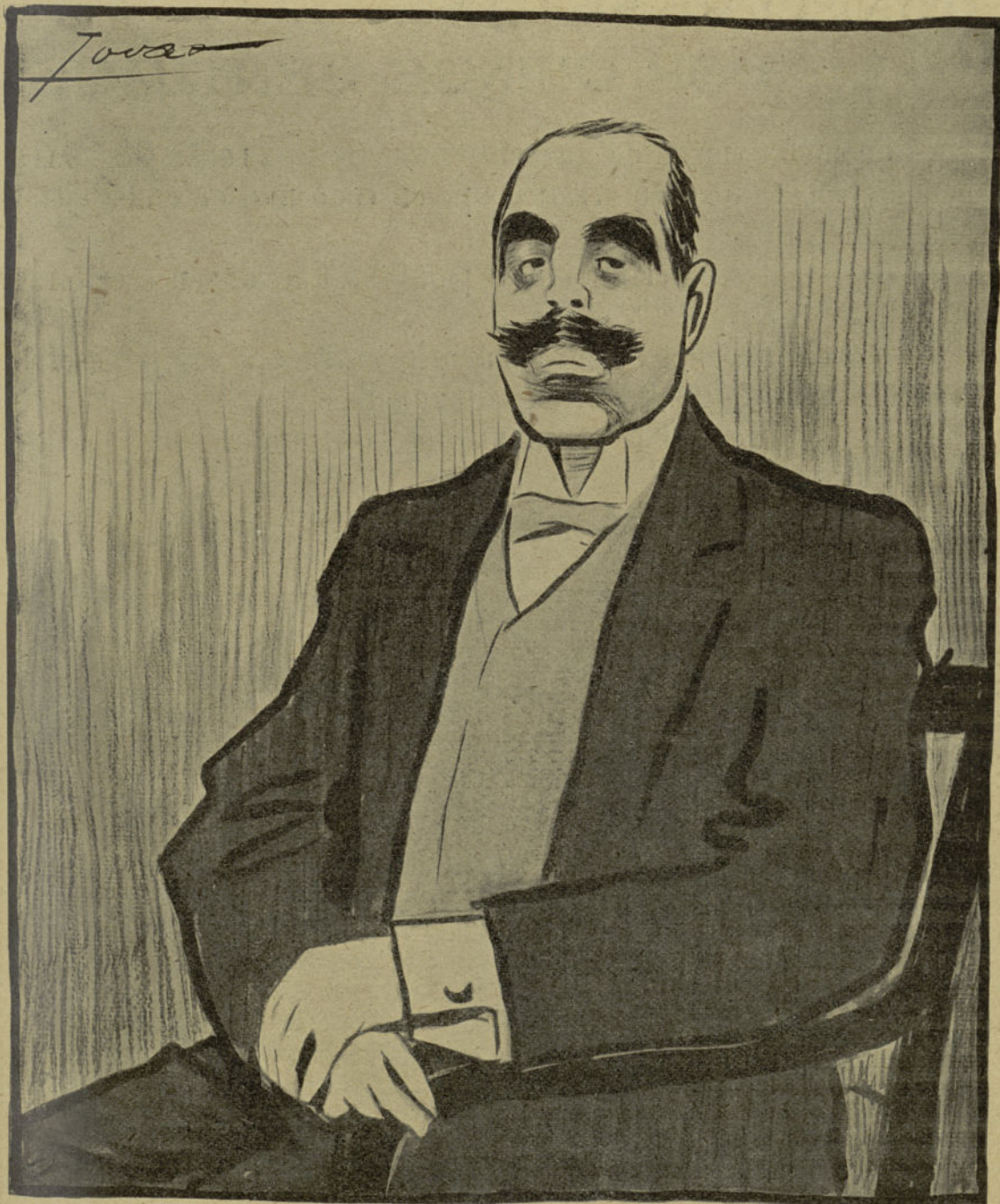


Flores Cordiales

EL DIRECTOR DE «EL IMPARCIAL»



Dad á esta hoja la vuelta
y ved la «*mesa revuelta*»
que me hace Carlos Miranda,
festivo escritor de tanda,
en una cuartilla suelta.

15 céntimos.

Se publica los domingos.

¡¡¡LEED!!!

¡CINCO PESETAS POR QUINCE CENTIMOS!

Con los anuncios del presente número de FLORES CORDIALES hemos cometido cinco erratas, una en cada uno de cinco ejemplares distintos.

Consisten en escribir sin *h* palabras que deben escribirse con ella.

La Administración del semanario entregará cinco pesetas á todo el que traiga cualquiera de aquéllas.

Los nombres de los afortunados los publicaremos el domingo próximo.

¡CINCO PESETAS POR QUINCE CENTIMOS!

LA HERNIA

UN INVENTO VERDAD

El director del Instituto Moderno, plaza de Santa Ana, 11, principal, Madrid, **GARRANTIZA** la contención absoluta de las hernias (quebraduras), por voluminosas y difíciles que sean, con el **invento Litter**, y lo somete al examen de todos los señores **médicos**. La curación radical, **no**, porque es imposible en los adultos. El vendaje **Litter**, que no se parece á ningún otro, permite los trabajos más rudos, incluso montar á caballo; evita todos los peligros, es **invisible** y se puede dormir con él sin molestia. El **invento Litter** lo recomiendan todos los médicos y cirujanos del mundo, por ser el aparato más científico, cómodo y seguro.

Unico en España para la venta y aplicaciones, Instituto Moderno Madrid, Despacho: de 10 á 1 y de 3 á 7. Folletos gratis. Faja ventral (premiada) **Litter**, para señoras de vientre caído y delicado.

COLEGIO HISPANO

1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

BARCO, 21, 2.^o

Próximas convocatorias para Telégrafos y Policía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

BARCO, 21, 2.^o (esquina á la Puebla).

Flores Cordiales

SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

Se publica los domingos.

==== Apartado de Co-
reos, número 48. ====

Redacción y Administra-
ción: San Andrés, 19.

GERENTE: R. LÓPEZ MORA  DIRECTOR: GONZALO DE QUIRÓS

LOS PERIODISTAS ILUSTRES

LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS, DIRECTOR DE «EL IMPARCIAL»

Queridísimo lector:
Ya que la eterna labor del «perfecto periodista» es elogiar á un señor sin conocerle de vista siquiera, y hacer así reputaciones y famas á caballeros —ó á damas— que tampoco saben ni siquiera cómo te llamas, justo es que de vez en cuando los compañeros de oficio, nos prestemos un servicio mútuo, ó recíproco, dando á un colega un beneficio.
No es este el caso *atínente*, pues Luis López-Ballesteros

es uno de los primeros —sin mejorar lo presente— de todos mis compañeros.
No os lo voy á presentar, ni os lo voy á *descubrir*... Sólo os voy á repetir lo que ni habéis de ignorar, ni habéis de contradecir.
En mi saber y entender, hombre es Don Luis, ¡vive Dios! «que vale lo menos dos», y tal debieron de creer indudablemente los que la lista repasaron de todos sus compañeros y, después que la miraron, en el nombre se fijaron

de Luis López-Ballesteros.
Bravo y laborioso, nada le hace arredrar ni le abruma; y es, en su mano adiestrada, la pluma como una espada, la espada como una pluma.
Brillantísimo escritor, es,—periodista *pur sang*— en clase de director, más que un *Don Luis*, un *Don Juan* fiero, amable y seductor.
El propio Don Juan quisiera —tan «gallardo y calavera»— parecerse á este rival que, á gusto de España entera, dirige hoy *El Imparcial*.

Carlos MIRANDA.

MI PARÁCLETO



No dirá usted que no progresamos, amigo mío; que no nos europeizamos, que Madrid no comienza á ser un Londres chico, un Berlín mediano, un París regularcete. Ahí le envío las muestras y las pruebas, recortadas de la cuarta plana de nuestros grandes diarios: «Señorita, veinte años, bonita, desea protección de caballero...» «Señora discreta cede gabinete...» «Desean casarse legalmente, y como Dios manda, etc. Dirigirse al acreditado D. Felipe... etc., etc.» incluyendo en tales etcéteras toda una pintoresca correspondencia amorosa. No dirá usted que el arbitrio no es europeo. Traducido está de la plana semanal que *Le Journal* y otros periódicos de París publican. Y no puede atribuirse ello á singularidad ó excentricidad de algún amante sin seso. Apenas iniciado el procedimiento se convirtió en costumbre. Bien lo sa-

ben los empleados de Correos que prestan servicio en el despacho de la lista, donde aumenta inverosímilmente el número de esas tentadoras cartas misteriosas que allí llegan, sin tener escrito en el sobre más que unas iniciales, el número de una cédula ó el de un billete de Banco. Sería prudente encarecer el precio del franqueo para estas cartas de tapadillo y he aquí que el ministro de Hacienda aumentaría con ello los ingresos: un aumento discreto, como las señoras que ceden gabinetes.

Pero esto prueba, amigo mío, que la mujer española suelta los clásicos andadores con que recatadamente llegaba á matrimoniar... la que llegaba.

Bien sé yo que todavía el mayor número de las mujeres madrileñas espera del azar ó de la protección celeste la aparición de esa crisálida de marido que llamamos novio. Cada día, cuando estas muchachitas de la clase media y de la burguesia medianamente adinerada, salen á la calle, llegan al templo, se sientan en las sillas de Recoletos ó en las butacas de un teatro, hay una inquieta interrogación en sus miradas tristes: ¿Será hoy? Y los días pasan y el azar no llega, y la esperanzas se marchitan y van cayendo una á una como hojas de flores. El azar, encargado en España de acoyundar matrimonios, es una celestina demasiado torpe. Las mucha-

chas saben bien que hay que perseguir al novio desesperadamente, adornándose y exhibiéndose y aun echándole el cebo de una realidad ó de una apariencia de caudal y de dote. Y en buena y razonable moral yo no sé qué mayor eficiencia, qué más decoroso recato, qué mejores seguridades de felicidad puede haber en uno de estos dos agentes del matrimonio madrileño: el antiguo y nuevo; el azar ó el acreditado Don Felipe.

Uno y otro saben que en Madrid la mujer es su esclava, porque para ella el problema de vivir y el de casarse son una misma y única cosa; problema agravado, porque muertos el quijotismo y el hidalguismo, los muchachos de nuestra edad, que parecen casquivanos, superficiales y alocados, han resuelto con extraordinario sentido práctico, que para ellos el problema de casarse, recibiendo con las bendiciones sacerdotales un conqúibus con que vivir, sea también cosa absoluta y definitiva. Así el amor ha huido de nuestra ciudad, y la milagrosa protección de San Antonio vale menos que un traje provocativo ó que cuatro líneas en la cuarta plana de un periódico.

Y es, amigo mío, que vivimos en plena farsa democrática. Hemos asegurado que la mujer estaba redimida, que aquello de *la pierna quebrada y en casa* con que nuestros abuelos confesaban su concepto moro de la vida femenina, había pasado para no volver. La realidad es que la mujer seguirá siendo esclava de un fatalismo orgánico y de un fatalismo social mientras no se le enseñen profesiones y oficios, con los que pueda ganar dinero bastante para vivir de su propio esfuerzo. Esto sería lo honrado; lo inmoral y lo disolvente es educar á las niñas para novias, es enseñarle las artes de agradar, poniendo todo el porvenir de su vida en la casualidad de casarse ó no casarse, en la casualidad de dar con un hombre de corazón ó con un bellaco sin conciencia.

Así, la debilidad femenina queda indefensa frente á frente del egoísmo masculino, para el que todo es lícito, de tal modo, amigo mío, que yo no sé si esos anuncios en que pobres mujeres hambrientas ó angustiadas piden protección, es cosa europea y prenda de civilización, y señal de libertad. Lo que sé es que es un suceso lógico, y, en honrada conciencia, digno de todo respeto.

Dionisio PÉREZ.



EN LOS PASEOS DE VALLADOLID
El paisano. — ¡Ese monta! ¡Vaya si monta!

POR UN DETALLE

Hace poco más de dos años, viajando por tierras bretonas, conocí al conde Orrell.

Es un belga hijo de ingleses, pálido, alto, pelirrojo, elegante y pagado de su viril figura como un autor. Había en sus ademanes una lentitud de buen tono, y en su conversación un deje sutil de ironía. Nunca le ví irritado; sus ojos azules plácidos miraban tranquilamente, cual si la Vida que pasaba ante ellos no le importase; sobre sus labios sensuales y húmedos y bajo el belicoso bigote de guías altivas, todos los probables anhelos, dudas, melancolías y rencores del conde Orrell parecían diluirse en una sonrisa constante.

El conde que ya pasa de los cincuenta años entretiene actualmente sus horrorosos aburrimientos de solterón y de millonario, escribiendo sus *Memorias*.

He leído el primer volumen (todavía inédito) de este libro, obra de experiencia y de sinceridad, en cuyas cuartillas, llenas de una escritura grande, noble y resuelta, hay como un estruendo de multitud, como un clamor de muchas existencias. Adorna la primera página del tomo la dedicatoria siguiente, dedicatoria de aventurero sentimental, que hizo de la humanidad una familia:

«A todos los que en este mundo me dieron la mano, siquiera una vez...»

Las *Memorias* del conde Orrell componen un libro balzaciano, intenso, multiforme, con páginas de arrebatamiento y de dolor, y capítulos alegres, escritos con desenfadado picante, á lo Brantôme.

Entre estos hay uno extraordinario, bufo como una farsa de Halévy, y hasta un poco filosófico, pues que bastaría á demostrar «la grandeza de lo pequeño», el poder ilimitado de los detalles.

En cierta ocasión el conde Orrell, hallándose en Bruselas, su ciudad natal, se enamoró apasionadamente de una mujer casada. Se llamaba Carmen y era marquesa. El cerco fué duro. Ella, la deseada, aunque prendada del conde, resistía bravamente á la tentación, no sólo por natural recato, sino también por miedo á su marido, terrible y celoso como un personaje de Calderón. Pero contra el amor no hay fuerza que valga ni lógica que convenza, y al cabo acaeció lo que había de suceder, y fué que Carmen, perdida ya toda prudencia y

apaciguado todo escrúpulo, consintió en admitir en su propia casa, y de noche, al conde Orrell.

La marquesa recibió á su conquistador en un gabinete tapizado de azul turquí, desde el cual se abarcaba casi todo el perímetro de la alcoba: un verdadero dormitorio de *cocotte*, lleno de divanes orientales y de espejos. Carmen parecía aterrada: la posibilidad de que su esposo, que pasaba las noches en el Casino, regresase inopinadamente, la impedía abandonarse á las dulzuras de la entrevista. El conde Orrell, por el contrario, estaba tranquilo. Con un gesto desembarazado y familiar, encendió un largo cigarro habano.

—Seré usted—exclamó—. Si Pablo viene le diremos que usted se había sentido enferma repentinamente y que yo soy el médico que la doncella fué á llamar.

Continuó fumando, avivando el fuego del cigarro puro con largas succiones. El diálogo prosiguió cálido, interesante. Llegó un momento en que la marquesa, huyendo tal vez, se refugió en la alcoba. Hubo un largo intervalo de silencio; sobre el corsé rojo y la bata con encajes de valencienes, que Carmen dejó olvidados sobre un diván del gabinete, las lamparillas eléctricas vertían apacibles su claror blanco...



De repente, tras el prolongado repiqueteo de un timbre, apareció, con cara de espanto, una camarera:

—¡Señora!... ¡El señor marqués!

Imperturbable, el conde Orrell cogió el cigarro que un momento antes había dejado encendido sobre la mesilla de noche, y ordenó:

—Dile que la señora está enferma y que soy el médico.

Carmen permaneció acostada. El conde se había instalado en un sillón delante del lecho, y fumaba con una tranquilidad genuinamente británica.

El marqués penetró en la alcoba; sobre su frente había una duda terrible; sus ojos avizores lo registraron todo, buscando quizás un detalle acusador. Pero sus facciones, endurecidas momentáneamente, se suavizaron: había reparado en que la ceniza del puro que fumaba «el doctor», era muy larga, y su celosa zozobra se desvaneció.

Cuando el conde Orrell se marchó, después de recetar, el marqués, feliz con esa felicidad honda que inspira la confianza, le estrechó las manos cordialmente.

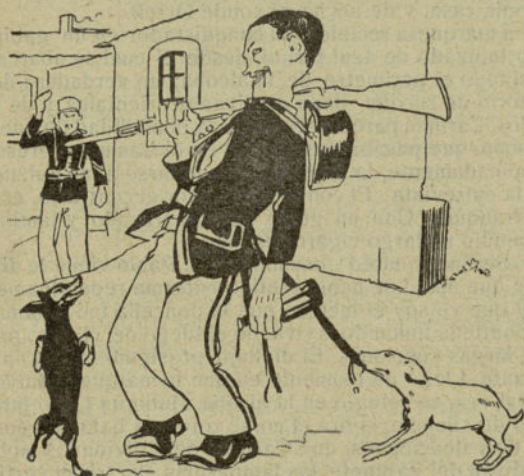
Un gran drama acababa de resbalar sobre un poquito de ceniza.

Detalles insignificantes hay que bastan por sí solos á decretar la alegría ó la desesperación de toda una vida.

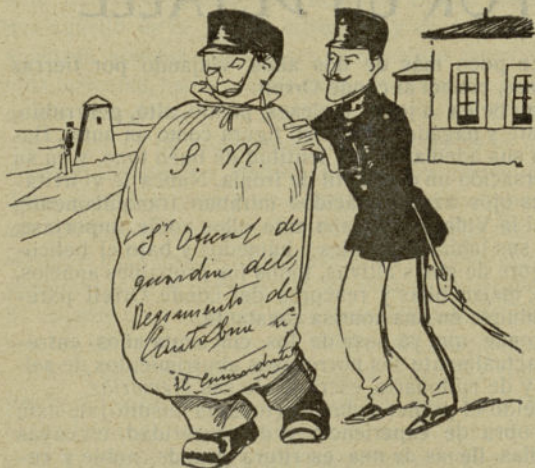
Eduardo ZAMACOIS



LAS ORDENANZAS GRÁFICAS, por Karikato.



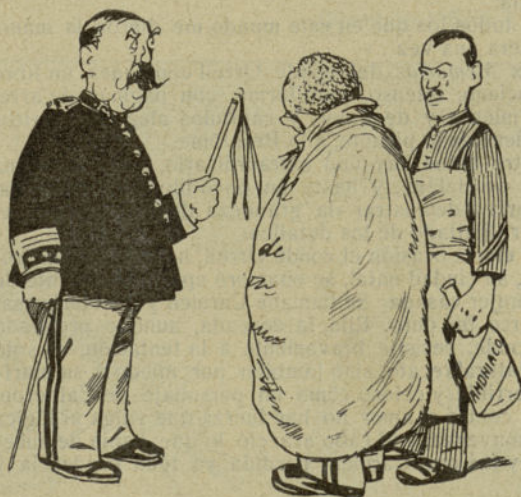
Artículo 32.—El soldado que se embriague estando de servicio,



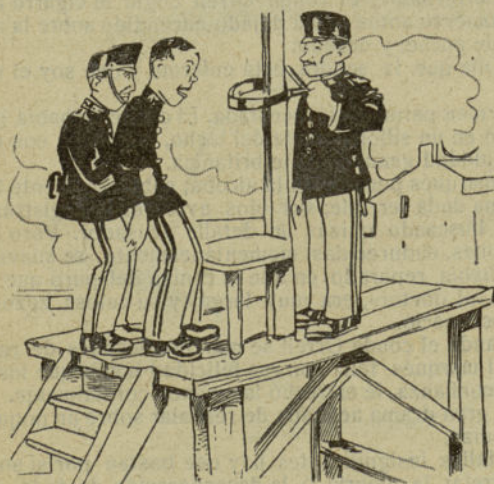
se remitirá en derechura á su cuartel,



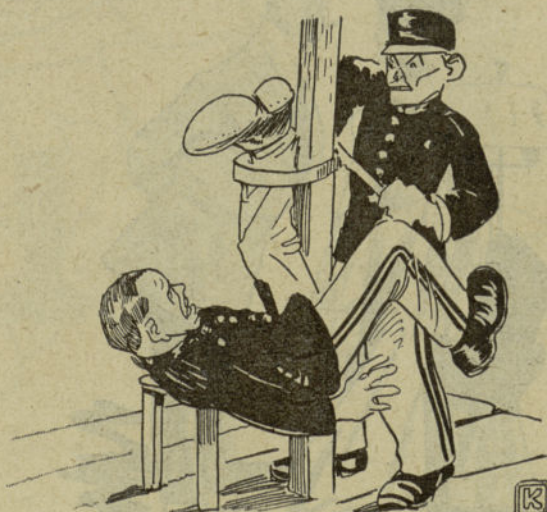
pidiendo el relevo con noticia de su falta,



para que el jefe de su cuerpo le castigue;



pero no deberá removerse de su guardia hasta que se halle en estado de ejecutarlo



por su pie.

LA UNIDAD DEL PLAN

No sé qué conspicuo del partido político dominante, nada de *tónico*, ha dicho que las diferentes disposiciones de los ministros obedecían á formar la unidad de un plan de reformas, y, ¡por Dios vivo! que hasta la hora presente todo va camino de un vasto berenjenal, pero sin una sola berenjena.

A mí me pareció de perlas negras la disposición del alcalde-presidente respecto á las multas impuestas á los taberneros que colmaran la medida de un *curda* ostensible, hecho señalado en la legislación municipal, con el dictado de la *última copa*, y cuál sería mi sorpresa al arrancarse el ministro de Hacienda *desgravando* los vinos, como para facilitar la acción penal de los *tasqueros*. Yo me dije: ¡Ya empieza la *unidad*! Mas para que se vea que no entiendo de nada de lo que se refiere á la administración del Municipio en sus relaciones íntimas con el Estado, ahora resulta que la *desgravación* de los vinos que yo creía tan conveniente para el Erario municipal, le desposesiona violentamente de unos cuantos millones de pesetas.

Hallábame yo engolfado—me *engolfo* con cualquier cosa—en calcular infinitesimalmente tan importante fenómeno numérico planteado por las dos disposiciones aludidas, cuando salta el ministro de la Gobernación ordenando el cierre de las tabernas.

El matemático lector comprenderá que tuve que suspender las operaciones, porque ya me faltaba la *unidad* por todas partes, y sabido es que, en materia de números, sin la *unidad* no se puede calcular nada á derechas ni á izquierdas.

Empero, yo estaba obstinado en el estudio del problema, y troqué las ciencias exactas por un poco de filosofía moral, propiamente dicha, lanzándome en los ilimitados espacios de mi profunda y elevada meditación en busca de la *unidad* apetecida desde el punto de vista político-social.

Si este artículo no sirve para ser leído en el Ateneo, ¡que me aspen! Me he hecho un hombrecito á la moderna, en cuatro días.

Yo planteé el problema en estos términos:

El alcalde impone multas á los expendedores de la última copa de vino propinada á un borracho, más que para corregir el abuso de las bebidas, para allegar recursos al Tesoro municipal; pero el ministro de Hacienda, arrimando su componente á la *unidad* del programa económico, *desgrava* los caldos, y hiere de muerte la principal fuente de riqueza del Ayuntamiento—lo llamo *fuente* porque se trata de lo lucrativo que era la venta de los vinos—, mientras el ministro de la Gobernación dispone que no se expandan los susodichos caldos, ni *desgravados* ni desubstanciados, ni con exceso, ni sin él.

Entretanto, yo, busca de aquí, busca de allí la *unidad* de criterio, y sin encontrar la *unidad*.

Porque mientras el ministro de Hacienda rebaja el precio de los vinos para que se beba más, el alcalde multa para que se beba menos, y el ministro de la Gobernación manda cerrar los templos de Baco para que no se beba nada.

Bueno: pues declaro que no tengo potencia cerebral para aunar estas tres disposiciones; es más, dudo yo que haya quien consiga unificarlas, como no tenga una fórmula sobrehumana el conspicuo que habló de la *unidad* del plan.

La disposición dictada por el Sr. Sánchez de Toca á mí me ha parecido que se enseñoreaba de un prudente término medio, porque al imponer multas sobre las borracheras no coartaba más que el exceso, esto es, castigaba el abuso y condenaba el desuso, si bien el criterio único del alcalde también se hallaba, sin darse cuenta, en la más franca oposición.

Porque mientras trataba de restringir los efectos del vino, como alcalde, como comisario regio—debía lla-

marse *bebisario*—del Canal de Isabel II, dispone que se pongan en las tabernas contadores de agua; cosa que encarece el artículo, y, por lo tanto, dificulta que se le eche agua al vino, puesto que aún no se sabe si resultará más cara el agua con cuentagotas que el vino *desgravado*.

Eso sí, desde luego se advierte en el alcalde un cerebro de arbitrista de primer orden, porque de paso que hace subir la renta del agua, como el vino se vendería más puro, las borracheras serían más frecuentes y subiría también la renta municipal por el concepto de multas sobre la *última copa*.

De manera que el ministro de Hacienda bien puede tener razón rebajando el precio de los vinos y el alcalde purificándolos al encarecer el agua; pero el señor La Cierva bien puede no tenerla, porque el cierre de las tabernas creo yo que no merma los borrachos.

A este propósito, viene á mi mente el epigrama del clásico, que reza así, si mal no me acuerdo:

«¿Qué importa al recato vuestro
que cerréis, señora mía,
la fuente al Avemaría,
si la abris al Padre nuestro?»

¿Qué importa que se cierren las tabernas á las doce de la noche si se van á volver á abrir á las cinco de la madrugada?

¿Y qué importa que se cierren las tabernas de orden de un ministro, si de orden de otro se puede tener en casa mucho vino barato, y de orden del alcalde este vino ha de ser bueno?

Lo que importa es que los tres señores tengan media hora de conversación, (con media hora basta), y que se pongan de acuerdo, para ver si surge la *unidad del plan* de que nos habló el conspicuo.

Félix MÉNDEZ

ASFODELOS

EL REVENANTE

I

En la Noche dolorosa de los lívidos ensueños
cuyas Horas violáceas corren tristes y silentes,
una Sombra de Sonrisa macilenta y azulada
pasa armada, pasa armada, pasa armada hasta los
[dientes.

II

De las cuencas de sus Ojos, de sus Ojos carcomidos,
brotan lágrimas ardientes y fulgores autumnales...

III

¡Es la Sombra de aquel Príncipe á traición asesinado
entre besos y caricias por sus Hijas liliales.

Rubén CARULLA.



FLORES CORDIALES

LETRILLA



El tenorio callejero
que al pasar una mujer
la echa flores, sin saber
que *pasó de jardinero*;
el setentón embustero
que busca amantes favores
con *catorce hijos* mayores
y *siete nietos* cabales...
no debe echar más que *flores*
cordiales.



Ilustre gobernador
que á los teatros asedia
con *lo de las doce y media*,
porque opina el buen señor,
siempre moralizador,
que están los trasnochadores
expuestos á los horrores
de los catarros bronquiales,
pues, á ese, hay que darle *flores*
cordiales.



A esos yernos del montón
que, *diputados en cría*,
votan con la mayoría
tenga ó no tenga razón;
á esos niños, que no son
ni estadistas ni oradores,
debían los electores
mandarles unos pañales
y un manojito de *flores*
cordiales.



A esos diestros sin contratas,
á esos toreros de pega
que con el percal de brega
debieran hacerse batas;
á esos que torear *ratas*
con *cuernos*, á esos *señores*
que la dan de matadores,
hay que echarles, por *morrales*,
en vez de cigarros, *flores*
cordiales.



El afónico actorcillo
que las obras *ejecuta*
y que el nombre le disputa
al *Alcalde del Ronquillo*;
la tiple que canta *en grillo*,
y los silbados tenores
que dan gallos superiores
en los *dúos pasionales*,
también necesitan *flores*
cordiales.



Aquí todo anda al revés:
aquí están todos cansados
de artistas acatarrados
y gobernantes *grippés*.
Urgen los baños de pies
y los cáusticos mayores.
Aquí hace falta, lectores,
para curar tantos males,
¡muchas flores!... ¡Muchas *flores*
cordiales!

José JACKSON VEYÁN

"EL MUSEO DE LA REINA,"

Terminando en el presente número la publicación de nuestro cuento **El Hombre-Abeja**, en la semana próxima empezaremos á dar á conocer **El Museo de la Reina**, interesantísima y preciosa narración original de *F. R. Stockton* y expresamente traducida para FLORES CORDIALES.

El Museo de la Reina llamará seguramente la atención del lector por lo sugestivo de sus incidentes y la admirable sencillez del desarrollo de su acción.

LOS ENTRETENIMIENTOS

El infantilismo de la humanidad empieza con el primer sonajero y continúa toda la vida del individuo ó individua, hasta que el médico expide la licencia absoluta en forma de certificado de defunción.

Los juegos de la niñez se llaman entretenimientos en la edad madura, pero son la misma cosa y no pierden el carácter de inocencia aunque se tomen con todo el calor de las pasiones.

Comparad un chico jugando al trompo con un señor maduro jugando á carambolas: veréis el mismo afán, igual interés, idéntico amor propio. El muchacho moja el rabillo de cuerda, la arroja al peón, sacando la lengua para dar más carácter á la importancia del enrollamiento, reúne sus fuerzas, arroja el trompo sobre el círculo marcado en el suelo, lo recoge, lo equilibra en la mano, vuelve á tirarlo hiriendo la moneda que se disputa, y si antes de morir el baile ha salido del círculo la pieza, el triunfo es suyo, y el orgullo hace brillar en los ojillos la alegría de vencer.

Contemplad en cualquier centro aristocrático una partida de billar: un senador, un general, un magistrado, cualquiera personalidad agobiada por los áridos problemas de su cargo, se vuelve niño; empieza por lucir con masculina coquetería las nítidas mangas de la camisa y los impecables puños, porque quitarse la levita es de rigor. Da majestuosamente tiza azul al taco, mide con los ojos la posición de las bolas, adopta una postura no muy gallarda, da unos compases de violón con la derecha mano, y si su bola no choca con las dos compañeras, no hay carambola: ¡qué disgusto!

Y en esta tarea de que una bolita le pegue á otra bolita para ir luego á darle á la otra bolita, se pasan los hombres graves las horas. No hay más que una cosa tan inocente ó más que el billar: llevar botines tórtola en las botas, porque ¿qué pensarán los cerebros de los usufructuarios mientras se ponen los botines?

Cuando el entretenimiento lleva consigo el interés pecuniario, no es entretenimiento, es trabajo, y no nada fácil; desde el más ó menos ilustrado hasta el bezigue, pasando por el tresillo, el bacarrat, la ruleta y el treinta y cuarenta, no hay nadie que se entretenga jugando, y sobre todo perdiendo; estos entretenimientos, pues, no lo son.

Pero hay otros verdaderamente perniciosos: hay quien pinta por entretenerse, y quien por entretenerse hace poesías, ó labores con pelos de las personas amadas; los hay que iluminan retratos con colores de sarampión y escarlatina, y aunque algo ha decaído, aún viven quienes en marquetería son capaces de afiligranar un vaso de noche ó un bidé.

No hace mucho murió un grande de España que sabía echar palas y tacones, y yo he conocido un capitán, dentista de afición, que no toleraba en su compañía una muela picada y era extraerlas su más agradable entretenimiento.

Menos inocentes, otros se entretienen de otro modo; nuestras abuelas llamaban «entretendidas» á las damas que el *argot* moderno clasifica con multitud de nombres, pero esta clase de entretenimientos, quizás la más antigua y la más expuesta al infantilismo, es muy compleja para sujetarla á un manojo de *flores cordiales*.

Hoy la última creación de los entretenimientos es el juego del «diábolo», un juguete que se lanza al aire por la rápida tensión de una cuerda; es la teoría del arco y la flecha, emblemas del amor; tal vez el «diábolo» es un aliado del picarillo ciego, porque diz que lo juegan las muchachas casaderas, con faldita corta para dejar soltura á los ligeros piececillos.

Y así el «diábolo» no es el juguetillo que vibra en el aire; el diábolo se esconde entre el revuelo de las falditas cortas...

Luis BERMÚDEZ DE CASTRO

EN LA PUERTA DE LA BARRACA

—¡Adelante, señores! ¡Adelante,
que es el último día
que pueden contemplar las sorprendentes,
las admirables vistas!

Podrán ver á Noé tirado al suelo
con la gran papalina,
y á los guardias del orden que le prenden.
Verán los israelitas
cruzando el Manzanares: un pasaje
que describe la Biblia.

Verán las cataratas de Don Niágara
—que ha venido á batírselas—;
la burra de Balam, *cantando* cosas
de las que ahora se estilan
en los teatros por horas; la Invencible
en los mares de China,
mandada por Churruca y el coloso
y sin rival Gravina.

También han de admirar á Don Pelayo
que con su artillería
va á buscar al infiel, y le presenta
batalla reñidísima;
á nuestro padre Adán y su señora
envuelta en el pañuelo de Manila,
esperando en la Plaza del Progreso
á que llegue el tranvía;
verán al genovés al embarcarse
y adivinarán La Pinta
que tiene, y siento mucho que no puedan
pasar á ver La Niña,
porque está un poco mala, no se sabe
si de tifus ó anginas.

Si entran al reservado—sea dicho
con todos los respetos que me inspiran—
verán las tablas de la ley de Pósitos
y la gran atracción, Miss Karabina,
con seis cabezas (de ajos en la mano
derecha). ¿Quién no admirá,
tan sin igual prodigio por dos reales?

Adelante, señores, que termina
como les dije ya esta *tuornere*
histórico y artística;
niños sin graduación y militares
menores de seis años y tres días,
pagan medio billete, y las señoras
que se encuentren en cinta,
tendrán un sobreprecio en el billete,
que aquí nadie se cuela de *valdivia*.

¡Adelante, señores! ¡Adelante,
que no les pesará ver la magnífica
instalación fenómeno-estupenda
histórico y artística!

José DOZ DE LA ROSA

HOJA COMIDA

POLITIQUEO

AL NIDO

Cuando las tabernas embriagadoras entornan sus puertas, ¡cerrarlas, nunca! al hisopazo bilífero de Don Juan, retrógrado contumaz, quedan abiertas las de la gran tasca nacional, donde, para que la semejanza no resulte incierta, los políticos, al igual del obrero que busca unas cuantas horas de charla y pasatiempo entre libaciones, se meten cada *tute* que Cristo tiembla, poniendo pocas veces las cartas boca arriba, trampeando casi siempre las jugadas, acusándose las cuarenta de mentirijillas aunque aparenten lo contrario, porque cada cual de los que toman parte en el juego político se ha tragado ya, respecto del compañero de enfrente, la partida.

Soltaron los primeros discursos estirando el pescuezo y ahuecando la voz, trasladando al *Diario de Sesiones* toda la fecundidad del cerebro, que ha de otorgarles preponderancia entre los electores cenobios.

La cuchipandita parlamentaria ha comenzado...

¡Viva la espolinata que hiere los ijares del pueblo Rocinante emasculazofio!...

* * *

Dicen que el Sr. La Cierva piensa ahora meterse con las amas de recreo.

Es posible.

Pero estoy seguro que, si lo hace, la salida va á costarle muy cara.

Nuestras *virtuosas*, que conocen admirablemente el alza y la baja de los termómetros que rigen junto á la poltrona, funcionando el mercurio, son cosa completamente distinta del ciudadano que se limita á cantar la letanía á la bola de Gobernación, y hallarían pronto medio de ablandar á Don Juan ó estropearle los forros de la cartera.

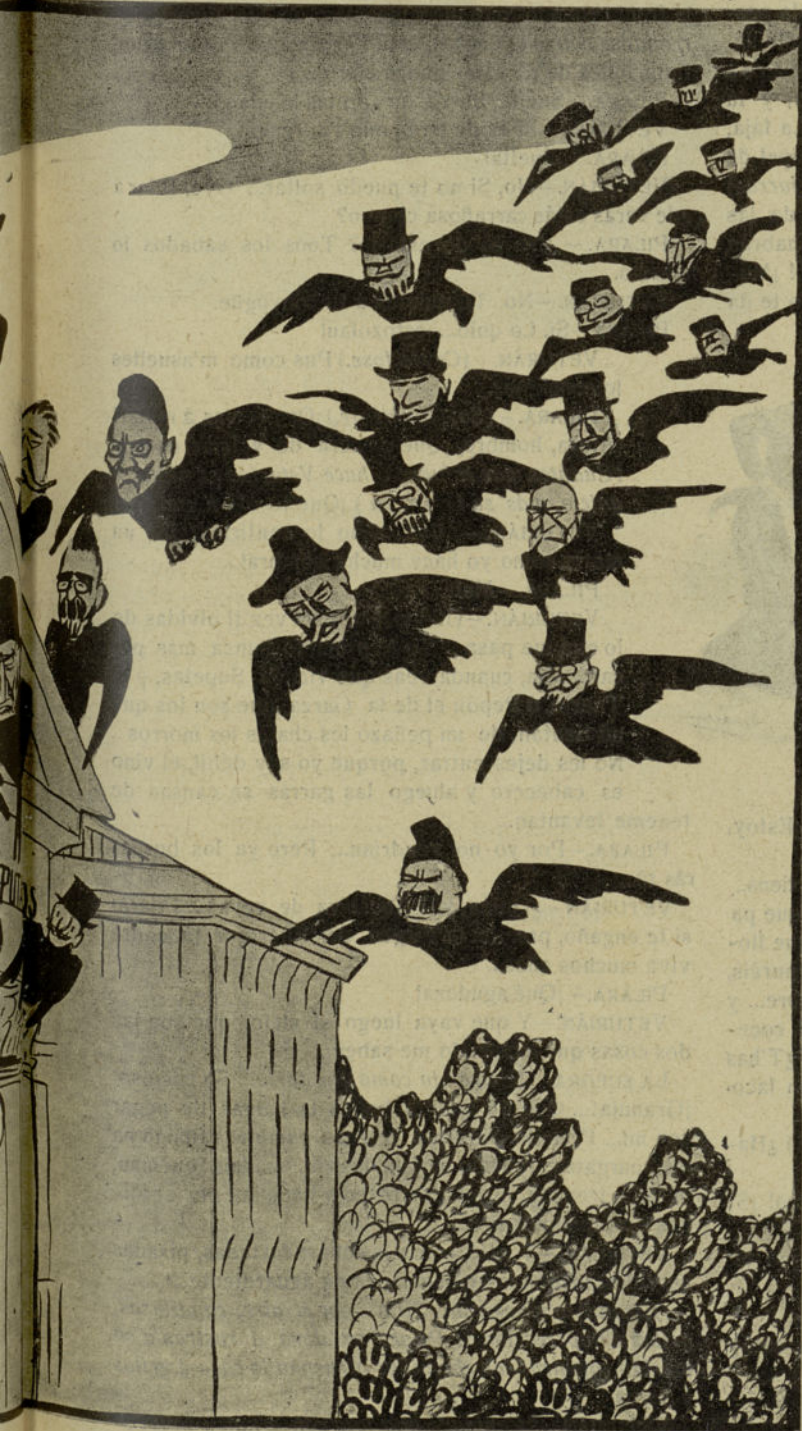


BECQUER

Volvieron las obscuras golondrinas el escaño gozosas á ocupar, y el invierno entre dulces caramelos *piando* pasarán.

CO-POLITICA

por Tovar.



URIANAS

Cien mochuelos volvieron de las selvas,
e la Patria los muros á escalar,
otra vez con el jala en los bigotes
al pueblo le darán.

Yo sentiré que el patrón de Muia, que tan airosamente ha quedado regulando las horas de dormir, levantando á los vecinos la punta de la colcha, saque algo que rascar.

* *

Santa Olalla, *ora pro nobis*.

Drude se ha empeñado en ponerle proa al jefe de las fuerzas españolas en Casablanca, y presumo que el comandante virará en redondo dispuesto á quebrarle la popa al fatuo general.

Le Journal ayuda desde París á su señor, asegurando que nuestros soldados *embarazan* á los de Drude (textual).

Supongo que de eso no tendrán la culpa las tropas de acá.

Depende de la posición en que se hayan colocado las francesas.

* *

Soriano y Mencheta, que se largaron á Marruecos, han regresado con el Rabat entre las piernas.

A la plaza africana llegaron á presenciar la entrada del sultán, y á poco los cerriles del Atlas que formaban el ejército de Abdel-Aziz les destrozan las piernas.

Tal escuché de labios de Don Rodrigo.

Mas yo pretendo averiguar por qué los mahometanos se les iban á las pantorri-llas.

Madame Du Gast, paisana de Drude, la expedicionaria reciente al Islam, debió enseñar mal la táctica á los moros, que empiezan por los calcetines de los extranjeros, dándoles lo mismo carne que pescado...

Aprovéchele á Soriano el aviso.

No torne á Rabat, que aquellos brutos son capaces de romper al gorro frigio la integridad de los pliegues...

Gonzalo DE QUIRÓS.

LA ENMIENDA

(Escenas altoaragonesas.)

PILARA. — (*Zarandeando á su marido como á un pelele.*) ¡Retoño! ¡Recondenau! ¿Te paez á tú que son éstas horas de venir?... ¡Y de qué traza! ¡Borrachol! ¡Mala persona! ¡Más de borrachol... Ná, está visto que tú sólo sabes vevir inflau como los boticos: ó de vino ú de aire... ¡Mala entraña! Nosotros bebiendo agua clarica, y tú más zorro que bota llena... Y, ¡miate qué facha! La faja, á rastras; la camisa, con más tiznones que un papel de solfa... (*Indignadísima y poniendo los brazos en jarras*) ¿Aguartel! ¿Ande t'has socarrau las trenzaeras de las apargatas? ¡En la tabierna, de seguro! ¡Y que no habrán tuvíu comedia con tú! ¡Poca sustancia! ¡Apatusco! ¡Morros de mostillo!... ¡Habla, hombre, habla!... ¿No te da vergüenza de presentate en ese estau?



VETURIÁN. — (*Para sus adentros*) ¿Estau?... ¡Estoy, estoy! Y lo que estaré si Dios no pone remedio...

PILARA. — ¿No sientes á los zagales? Ahí los tiens... Echais desde ayer con los budillos más limpios que pa hacer longaniza... (*Los niños lloran.*) ¡Milagro que lloren!... ¡Callar, mocetes... (*Con sorna.*) No sus apuréis, que aquí está vuestro padre pa sacaros el hambre... y la piel, con un estaquizo... Esperaisus, que voy á cocesus la ramosa que sus trai... Pero, ¡retoño! ¿T'has güelto mudo? ¿U es que tu cuerpo está como un laco, que no siente más que el bullir del vino?

VETURIÁN. — (*Asomando un poco á la realidad.*) ¿Hablabas... con... con yo?

PILARA. — ¡Otra que Dios!... ¡Asiéntate, probetico! ¡S no tes pués tener!...

VETURIÁN. — ¿Y qué quiés que te diga? Lo que tenía que icite ya lo has conocíu tú...

PILARA. ¡Borrachol...

VETURIÁN. — ¡Mía, no me faltes! ¡Que yo... no estoy zorro!...

PILARA. — Pus, ¿cuándo lo está un hombre?

VETURIÁN. — Cuando no se pué tener ¡ni echau!

PILARA. — ¿Y tú te tiens?

VETURIÁN. — Agarrándome á las paredes...

PILARA. — ¡Qué perdición de hombre! No... Si me tengo yo la culpa.

VETURIÁN. — Lo mesmo pensaba yo, de caras en tu casa... (*Agarrándose á ella, de primera intención para acariciarla; luego para no caerse, porque se le va la cabeza.*) Tú tiens la culpa... Me dices unas cosas tan majas, me cuidas con tanto mimo, mismamente que si estuviá malico, m'arropas tan bien en la cama, me tiens la frente cuando todó me roda como un *Tío Vivo* (*agarrándose con más fuerza*), como ahura, que le dan á uno tintaciones de no estar nunca claro...

PILARA. — Suelta, burro, qu'apretas masiau...

VETURIÁN. — Si es de tanto que t'aprecio...

PILARA. — ¡Suelta!

VETURIÁN. — No, Si no te puedo soltar... Oye, Pilar ¿de veras estás carrañosa con yo?

PILARA. — ¿No hi de estarlo? Toos los sábados lo mesmo...

VETURIÁN. — No. Tú quieres á tu conyúgite.

PILARA. — Sí. Lo quió... ¡estozolau!

VETURIÁN. — (*Cayéndose.*) Pus como m'asueltes lo consigues...

PILARA. — (*Sosteniéndole.*) ¡Que te vas á matar! ¡Atura, hombre, ¡Qué manera de valsar es esal! (*Cuanto más esfuerzos hace Veturián por estarse quieto, más se tambalea*) ¡Que te vas á matar!

VETURIÁN. — ¿Ves cómo lo sentirías? ¡Si un maríu como yo hace mucha sombra!...

PILARA. — Mala.

VETURIÁN. — Güeno. Por esta vez ti olvidas de lo que me pasa... Yo te prometo nunca más pecar... Mía, cuanda veas que vienen Sopetas, ó el Tuerto, ú Pepón el de la Garza, que son los que mi tientan, de un peñazo les chafas los morros... No les dejes entrar, porque yo soy débil, el vino es cabecero y aluego las garras se cansan de teneme levantaoo...

PILARA. — Por yo no vendrían... Pero ya los buscarás tú...

VETURIÁN. — ¿Quién, yo? Ahora va de veras... Pilara' si te engaño, premita la Virgen del Pilar que tu madre viva muchos años...

PILARA. — ¡Qué agudezal!

VETURIÁN. — Y que vaya luego al cielo, que son las dos cosas que más malo me saben...

LA SUEGRA. — (*Entrando como una furia.*) ¡So faicioso! ¡Granuja!... Que en cuanto bebas la haigas de pegar con mí... Premita Dios que te veas como el cañamo pa las apargatas: rancau, mojav, hervíu, mallau, quemau, mordíu, trenzau, pisau, destrozau y cambiau por sardinas á un quinquillaire...

VETURIÁN. — Y usté como las uvas: cortadas, pisadas hervidas, incubadas y quemadas pa aguardiente...

(*Escándalo fenomenal. Sillas por el aire, candilazos, gritos é imprecaciones. Pilara se lleva á rastras á su marido, mientras los chiquillos atruenan la casa á gritos y lloros.*)

VETURIÁN. — (*Cantando una jota con eruptos intercalados.*)

Si me daran á escoger

entre mi suegro y mi suegra,

¿sabes lo que eslegiría?

Pus... colgáme de una cuerda...



AL OTRO SÁBADO

PEPÓN EL DE LA GARZA.—(Desde la calle.) ¡Siñá Pilara!

PILARA.—¿Quién va?

PEPÓN.—Echele el camastro á su mariu, que lo traimus con más sueño que el yeso morrano.

PILARA.—¡Qué ha pasau!

PEPÓN.—Que nos empeñémos en limpiar un tonelico de diez captáros en la tabierna del Verderol, y á Veturián le ha entrau sueño...

EL TUERTO.—No ha bebiu apenas. No crea usted que está zorro. Total, cántaro y medio no pué habele dañau...

LA SUEGRA.—(á Pilara.) ¿Pero tú lo ves?... ¿Y le abres la puerta?

SOPETAS.—Si ha bebiu por borrar una maldición que le tiró á usted... Se ha enzorrau pa que usted viva muchos años y pa que vaya luego al cielo...

El bachiller CORCHUELO

Entre amigas.

—Tu boda nos ha sorprendido extraordinariamente. La recién casada, con lágrimas en los ojos:
—¿Qué quieres, Paquita? Era tan feo, tan bestia y tan mal educado.. que mis padres y yo le creímos muy rico.

* * *

—¿Has visto qué mujer tan especial es esa Leonor? Ha despreciado un excelente partido; no quiere casarse de ninguna manera: prefiere quedar para vestir imágenes.

—Sí, porque se ha otorgado ella misma su blanca mano...

* * *

—¿Sabes que Jacinto se ha puesto en relaciones con María?

—Ha hecho perfectamente; el pobre necesita á todo pasto aceite de hígado de bacalao.

* * *

—Amiga mía, en el mirar parece usted miope...

—No tal... Gallega para servirla.

ESPERANDO EL DESQUITE

Para el director de FLORES CORDIALES.

Me va usted á perdonar,
compañero distinguido,
si no le puedo mandar
las coplas que me ha pedido.

¡No estoy para poesías!
Mi criada Encarnación
se ha marchado, por tres días,
á su pueblo, á la función,
y soy—aunque no me agrada
de mi altura descender—
suplente de la criada
y auxiliar de mi mujer,

Hoy mismo, para esgrimir
esta pluma pecadora,
me levanté al recibir
la visita de la aurora;

pero también, bien temprano,
el buñolero llamó
á mi puerta, y plato en mano,
salí á responderle yo,

porque estaba mi *costilla*
—lo diré en frases galanas—
quitándola á una chiquilla...
lo de todas las mañanas.

Cumplida mi obligación
me senté junto al tintero
y llamé á la inspiración,
pero ¡ay! acudió el lechero
y á coger la mercancía
bajé, con paciencia escasa,
¡porque mi mujer seguía
con las manos en la masa!

A poco, sin transcurrir
ni dos minutos siquiera,
nuevamente bajé á abrir
la puerta á la lavandera
y tuve que confesar
en mi amarga situación
¡que no podía llegar
en más crítica ocasión!

Después vino el panadero
que todas las mañanitas
me trae una rosca, pero...
no se anduvo con chiquitas

y así, de golpe y porrazo,
sin darse cuenta de nada
¡me obsequió con el abrazo
reservado á la criada!

Y es que, según advertí,
el panadero en cuestión
me hacía la rosca á mí
y también á Encarnación.

En fin, las coplas que espera
no se las puedo mandar,
pues va á venir la frutera...
¡y me quiero desquitar!

José RODAO.

LA CIERVA MULTIPLICA LA ESPECIE, por Arveras.



1. Don Cosme, excelente empleado de Gobernación, era una víctima; diecinueve años de casado y sin un nene que pusiera paz al matrimonio mal avenido.



2. Huyendo de su mujer trasnochaba, entablado con el sereno algunos diálogos sobre la conveniencia de los rorros amenazando la vida conyugal.



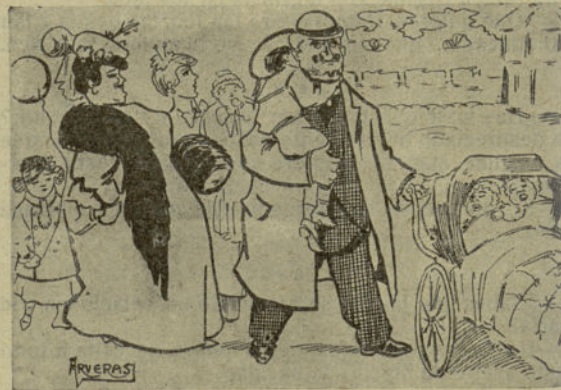
3. El doctor Pepinillo, famoso tocólogo, después de agotar todos los recursos de la ciencia, les confesó que cuantos medios adoptaran serían estériles.



4. Pero saltó Lacierva, y Don Cosme, acatando las órdenes del cierre, se vió obligado á meterse en la cama á la misma hora de las gallinas.



5. Varios días llevaba Don Cosme funcionando de hombre bueno, cuando su esposa, deteniéndole en el pasillo, le reveló que iba á ser madre.



6. Y Don Cosme, ciudadano agradecido, pasea á la familia bendiciendo á Lacierva, introductor de cosas fecundas, enviado de Dios para multiplicar la especie.

RELATO PERVERSO

Lolita es una llama que del azul ideal pasa al verde sulfúreo, y del amarillo obsesionante al matiz más silencioso, á la espuma del espíritu más aérea, más exquisita...

Su alma, hecha de magnolias y de nardos, se abandona con la gracilidad flébil de un lirio enfermo.

Es una mujercita adorable, que aún conserva el encanto fugitivo é indeciso de los días claros de la niñez, y su cuerpo, sabio por lo ágil de sus posturas, posee la ambigua coloración del oro joven y del marfil antiguo.

Sus nervios, de urdimbre sutilmente maravillosa, originan, con sus absurdas vibraciones, sonidos tan raros que ni en los sueños del *haschisch* podríamos concebir.

La fatiga, ese supremo encanto de las mujeres frágiles, apenas si deja en sus enormes ojos rubios una tenue huella violácea.

Siempre fresca y elástica, su carne ha sido hecha para las danzas frenéticas y para las caricias ultrahumanas del divino marqués.

Una noche nos habíamos amado como dos reos que hubiesen de morir al dar comienzo el día.

Yo odio la luz eléctrica, y para mis complicadas liturgias eróticas prefiero ó la obscuridad florecida de pupilas de oro, ó la lascivia espectral é inquietante de las candelas de cera. Aquella noche, las llamas estaban inmóviles, esperando sin duda á la Tragedia.

Mis nervios se hallaban en una tensión tan violenta que parecían iban á saltar produciendo una horrible escala de sonidos. Mis manos, semejantes á orquídeas de una especie inverosímil, habían arrancado á Lolita estremecimientos de un dolor máximo y de un placer criminal; la llama sangrienta de mi boca había penetrado en sus entrañas, y Lolita, un instante, quedó exánime y pálida, igual que una desenterrada.

La sombra perillustre del Aretino nos hizo entrever secretas y preclaras caricias, que nosotros realizamos con un sentido magníficamente justo y amplio.

Temblaban mis labios quemados por todos los besos chupadores de sangre. Mis ojos ya no percibían las formas vivas, con sus líneas ágiles y sus leves contornos movedizos.

Tras los aromas del amor percibía ese olor á podrido que desprenden los cuerpos cuando se ha sabido llevar el goce hasta las mismas puertas de la Muerte. Y Lolita, como una icona de oro y de topacios, inconsciente é inmovible, permanecía hermética, con su frente sin pensamientos y su boca insaciable, de una animalidad eterna y devoradora.

Sutilmente felina, Lolita se acercó más á mí, introdujo en mi boca, entreabierta por el anhelante y torpe respirar, su lengüecilla vibrátil y húmeda, y cegó mis pupilas cansadas con la fosforescencia demoníaca de las suyas; y al par que sus manos doctas intentaban tonificar mi quebrantado organismo, devolviéndome parte de las energías perdidas, su boca glotona murmuraba una letanía de ruegos, de súplicas, interrumpida á veces con agrios insultos por mi incapacidad para seguir.

Entonces, como si una legión de manos eléctricas

martirizaran mis pobres carnes extenuadas, sentí dentro de mí un ansia indomable de extinguir aquella vida.

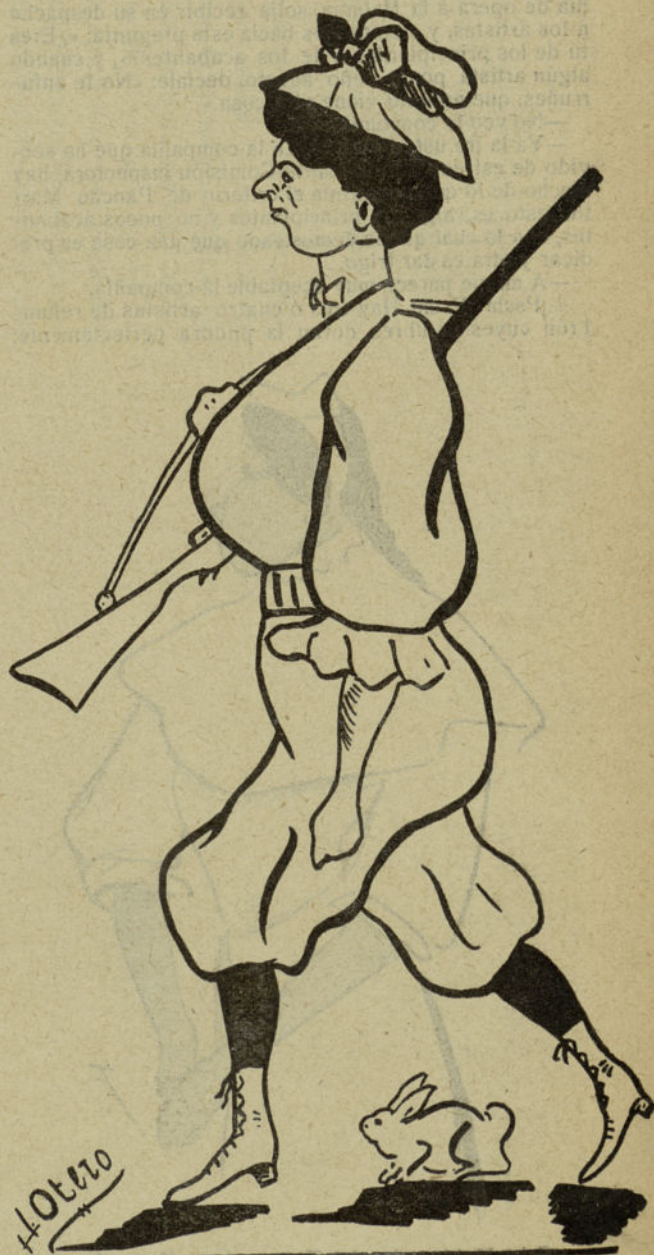
Mis manos rodearon á modo de dogal su cuello esbelto y fino de ave aristocrática, y apreté.

Lolita gritó al fin, y todo su cuerpo se retorció en una ondulación inconcebible de serpiente...

Desde entonces, amigos míos, me detengo siempre al borde del lago, y cierro los ojos ante la sonrisa suma de la deidad cruel y omnipotente. Hay sonrisas por las que daríamos toda nuestra vida.

Dario de GÁDEX.

LA CAZADORA MODERNISTA



— ¡Tres horas cazando y sin ver una pieza!

HABLANDO CON EL BOMBERO...

INFORMACION TEATRAL

En la calle del Arenal encontré la otra tarde con mi inspirador en asuntos teatrales.

— ¡*Papam habemus!*—le dije, y viendo que no había comprendido mi exclamación, añadí: —Ya ha salido la lista de la compañía del Real.

—Sí, señor—me contestó—. Ya me he enterado de ello por los papeles.

—¿Y qué le parece á usted?

—¿Ha oído usted hablar de un célebre empresario que había en la Habana, propietario que fué del Teatro Tacón, y que se llamaba Pancho Martín? Este hombre trataba de tú á todo el mundo, hasta á los obispos y á los capitanes generales. Cuando llegaba una compañía de ópera á la Habana, solía recibir en su despacho á los artistas, y siempre les hacía esta pregunta: «¿Eres tú de los principiantes ó de los acabantes?», y cuando algún artista ponía ceño adusto, decía: «No te enfurruñes, que aquí no viene otra cosa.»

—No veo la concomitancia.

—Ya la irá usted viendo. En la compañía que ha servido de estreno á la flamante Comisión inspectora, hay mucho de lo que constituía el criterio de Pancho Martín, esto es, algunos principiantes y no pocos acabantes, con lo cual queda demostrado que una cosa es predicar y otra es dar trigo.

—A mí me parece muy aceptable la compañía.

— ¡Psch! ¡Psch! Hay tres ó cuatro artistas de relumbrón cuyos nombres doran la píldora perfectamente;



Sr. Güell, del Teatro de la Zarzuela, en *Los mosqueteros*.



Srta. Maldonado, del Teatro de la Zarzuela, en *Los mosqueteros*.

hay otros que son «gallos tapados», como suele decirse; no faltan algunos que obtuvieron éxitos problemáticos en temporadas anteriores; y hasta los hay que se ganaron silbas con toda la barba. De modo que tendremos representaciones buenas, medianas y malas, sin contar con que alguno de los artistas de mejor cartel pondrá en un tris á la empresa y al abono, dada la costumbre que tiene de enviar recado diciendo que no puede cantar cuando faltan una ó dos horas para comenzar el espectáculo... Pero, en fin, los señores que se llenan la boca hablando de arte verdadero y de otras zarandajas, se han salido con la suya, y los señorones y señoronas que van al Teatro Real para *todo* menos para oír la ópera, están de enhorabuena.

En esto habíamos llegado á la plaza de Isabel II, y encarándose conmigo el bombero, me dijo:

—Estoy pensando en el aspecto que presentaba ese edificio en 1867, al ocurrir el incendio del Conservatorio. Cuando llegó el momento de salvar el vestuario, salían por esas calles los golfos de Madrid llevando las mitras de los obispos en *La Africana*, las armaduras que sirven para todas las épocas, los trajes de los druidas de *Norma* y la guitarra de Mefistófeles.

—¿A qué viene este recuerdo?

—A que en esta temporada nos espera una buena ración de *fuego encantado*.

Y para acabar con siniestros, despedíme de mi bombero.

YAGO.

en un viejo lleno de achaques. Pero no olvidó sus artes mágicas, que ahora ponía en práctica, no ya para encantar, pues carecía del poder de encantamiento, sino para embrujar, y gracias que aún podía hacer esto.

Cierto día pasó por el lugar donde conoció por primera vez al *Hombre-Abeja*, y allí vio á un anciano vestido con colete de cuero y alimentándose de la miel que recogía de un panal fabricado por los industriosos habitantes de una de las muchas colmenas que había en rededor de aquel sitio. Reconoció en el anciano al viejecito que años antes quedó convertido en niño, el cual, por lo visto, había elegido para vivir la misma senda que recorriera la primera vez que vino al mundo.

¡Tanto quería y tan entrañablemente amaba á sus abejas!

FIN

Así hablando, y comentando cada cual á sus alcances lo que les había ocurrido, llegaron á la aldea. Apenas entraron en ella, dijo el joven al *Hombre-Abeja*:

—¿Ves aquella mujer que está sentada á la puerta de su casa? —Sí, que la veo... ¿Qué hace ahora con las manos puestas en la cabeza?

—Parece que está llorando, y, desesperada, hasta quiere arrancarse el pelo... Vamos corriendo hacia ella para consolarla y ver qué podemos hacer en favor suyo.

—Vamos allá, —replicó el anciano, que apresuró el paso hasta el lugar donde lloraba la mujer.

Esta, al verle llegar con el niño en los brazos, lo reconoció como al hijo suyo cuya pérdida la tenía desconsolada, y arrancándolo del poder del *Hombre-Abeja* cubrió de besos y de caricias maternales al niño, al propio tiempo que no cesaba de pronunciar exclamaciones de gozo y de agradecimiento hacia los que habían salvado al pequeñuelo.

Pronto se formó un corro de vecinas y de comadres en aquel lugar, y los dos viajeros relataron con todo lujo de detalles y entre la mayor curiosidad y ansia de sus oyentes las aventuras que les ocurrieron en la cueva del diablillo y cómo rescataron al pobre niño de las garras del monstruoso dragón.

La madre del pequeñuelo invitó al *Hombre-Abeja* y á su amigo que descansaran y tomaran algún refrigerio, cosa que aceptaron con gusto y con hambre porque estaban rendidos y hacia tiempo que no habían probado bocado alguno: al viejecito ni siquiera le quedaba ya el alimento que sus abejas le habían proporcionado hasta entonces, por haber abandonado en la cueva del dragón in-

fernal el coletto de cuero en cuyo bolsillo fabricaban miel las abejas y la colmena de paja que cargaba á los hombros.

* *

Descansaron los viajeros toda aquella noche en la cabaña de la madre del niño salvado; y como al día siguiente propusiera el joven continuar la marcha, el *Hombre-Abeja* le dijo:

—Estoy muy bien aquí y no deseo marcharme... Además, siento vivísima simpatía hacia este pequenuelo y no quisiera alejarme nunca de él: ¡ojalá me convirtiera en niño ahora mismo para estar siempre á su lado!

El joven no dijo nada, emocionado ante la actitud del viejecito; y en un descuido de éste, sin hablarle palabra, se despidió de la aldeana y abandonó la cabaña donde había descansado. Marchó con paso ligero para ganar el tiempo que había invertido en reponer sus fuerzas, y al cabo de una legua hallóse ante un caballero, gallardo en su porte y ricamente ataviado: era el *Hechicero*, que apenas le vió, le preguntó:

—¿Dónde habéis dejado la compañía del *Hombre-Abeja*?

Sorprendido quedó el joven al ver que una persona á quien él no conocía le preguntaba por su amigo; pero repuesto inmediatamente al ver el aspecto noble y bondadoso del caballero, le contestó:

—En una misera cabaña de esa aldea ha quedado. Salvó á un niño de las garras de un monstruo terrible, y ha encontrado á la madre del pequenuelo y no quiere abandonarlo.

—¡Por fin!—dijo para sí el *Hechicero*.

Y dirigiéndose al joven le habló estas palabras:

—Gracias, mil gracias, querido amigo... En justa correspondencia á vuestra atención, voy á daros una buena noticia: el *Hombre-Abeja* va á verse convertido en niño. Venid conmigo y lo veréis.

Y agitando el *Hechicero* en el aire una varita de oro y marfil, apareció en el acto ante él una lucida cohorte de magos y de hadas, que escoltando á su jefe y al joven se dirigieron en procesión á la misera cabaña donde había quedado el *Hombre-Abeja*.

Vió éste al *Hechicero* y á su amigo, y se dirigió hacia ellos para saludarles. Pero antes de que llegara á su lado, desapareció el viejecito como por arte de encantamiento y quedó convertido en precioso niño que se puso á jugar inmediatamente con el pequenuelo salvado de la caverna del diablillo.

—Gran cosa ha de ser para vuestro amigo esta transformación á que se ve sometido,—dijo el *Hechicero* al joven.—Ahora, en esta cabaña, crecerá y se hará hombre sano y robusto, y podrá elegir el género de vida y el oficio á que haya de dedicarse en lo sucesivo... Y supongo que no preferirá volver á sus colmenas para arrastrar nuevamente la existencia entre la miel y los zumbidos de las abejas.

Despidiéronse todos de la aldeana encargándole que cuidara por igual á los dos niños; y agitando otra vez en el aire su varita de oro y marfil el *Hechicero*, desaparecieron él y sus magos y sus hadas de los atónitos y asombrados ojos del joven, que emprendió su camino alejándose á paso rápido de la aldea.

* *

Pasaron años y más años, y el *Hechicero* de aspecto noble y bondadoso fué perdiendo poco á poco su poder, hasta convertirse

BUZÓN

F. L. A.—Si trae usted al notario mayor del Reino, vulgo marqués de Figueroa, y levanta acta de que eso es inédito, seré complacido y además le apretaré las dos manos.

E. López Domínguez.

«SUSPIROS

¡Que nunca me olvidaría
su jurar me hizo creer!
¡Qué inocente es el que fía
en palabras de mujer.»

Listo.

Suum quique.—Aunque me molesta su latín, le diré que la composición es bonita, pero larga é imposible, por tanto, de que salga. Reduzca.

J. O. Toledo.—Cobre intención y perfile. Usted vale.

M. D.—Cáceres.—Me dice usted que es abogado y que no ejerce porque las musas le vuelven loco. Y á continuación manda unos versos, de los cuales entresaco lo siguiente:

«El Dante llega á la puerta
y grita á Ibel que le abra.
Sale Ibel, penetra el Dante
y al pescuezo se le abalanza...»

De ahí no he querido pasar, porque no me gusta ver la ejecución de nadie. El achuchón que le da usted en el cogote á la métrica es bastante para que me ponga malo y no siga leyendo. Abandone la poesía y el Derecho romano, que usted pondría *torcido* si lo dejaran, y conságrese en cuerpo y alma á podar viñas. Es un consejo de amigo.

J. M. C.—Versifica usted con bastante soltura. Un poquitín más de substancia cómica, y á las cajas.

R. T.—Valladolid.

«Alba de mis amores, te saludo
al despuntar riente en la enramada.»

Supongo que el Alba á que usted se refiere no será Don Santiago, ex ministro, ex gobernador y diputado por esa circunscripción. Si fuera él, dígamelo y le preguntaré si es cierto

«que cual á Dios, adora la cascada».

Compre, compre media arroba de jabón de fregar y lave bien la péñola.

Niramt.—Madrid.—Hablar de verbena cuando el Guadarrama empieza á bufar no es muy propio. Varíe de tema y veremos.

Maclasa.—Irán algunas.

A. S. M.—Cartagena.—Bonito el Otoñal. Pero es muy melancólico.

Morito.—Valencia.—«Llueve... Un cielo bajo y plomizo se abate sobre la ciudad *enguachirrada*...» Eso está demasiado húmedo y no sirve. Otra cosa.

Ricobayo.—Es usted tonto hasta la raíz.

J. Q. M.—Almería.

«Yo no.

Tu espléndida belleza aquella noche,
unida á tu arte sin igual triunfo;
el auditorio todo te aplaudía:
yo no.

Yo, silencioso, me gocé en tu triunfo,
escondido del teatro en un rincón.
Tu *camerino*, al terminar la obra,
invadido de público se vió;
todos por adularle se afanaron,
yo no.

Yo te felicité con la mirada
poniendo en ella toda mi pasión.
Hoy la mísera turba despreciable
qué tanto aquella noche te ensalzó,
mancha tu nombre, por despecho acaso;
yo no.

Yo, para tu pecado, sólo tengo
palabras de consuelo y de perdón.»

Servidor de usted.

Un fotógrafo de Osuna.—Sevilla.

Pues le diré
que de las que manda usted
no me ha gustado ninguna.

R. T.—Barcelona.—¡Atrevido! Ese cuento lo publicó Antonio Trueba con el título de *El perro negro*, en el *Museo Universal*, año VI (1862), página 271, segunda columna. Fijese usted en el séptimo mandamiento de la ley de Dios.

H. J.—Logroño.—Quítele las asperezas á ver cómo le sale, si le sale.

B. Urro.—¡Arre! ¡Animal!

ROLANDO.

SE NECESITA, para recados, joven de 14 á 16 años que sepa escribir. En este periódico darán razón.

CHARADA

Prima dos saber lo que es
un *todo* la Geometría
sin remedio hay que estudiar.
Un signo se halla en la *quinta*
de origen griego; la *seis*
con *tres* y *cuatro* podría
aplicársele á un *pelele*.
Nota musical la *siete*;
lector ¿á que no adivinas?

CAROLINA DE INSÚA.

Solución á la anterior: **Al-ber-to**.

CANTARES

Cuando pasas por mi calle
la luz de tus negros ojos
la inunda de claridades.

* *

Pajarito que vuelas, cruzando el viento,
á mi virgen amada ve á darla un beso
y al besarla, quedito, dila que muero.

JUAN DE MÁLAGA.

Droguería y Perfumería y Fábrica de Barnices
DE Y. RODRIGO

Barniz especial, amarillo y negro para Guardia civil y Carabineros. Frasco con contenido para un año, 1,75 pesetas.

90, CALLE DE TOLEDO, 90 (FRENTE Á LA FUENTECILLA)

MADRID

SOLUCIÓN BENEDICTO
de glicerofostato
de cal con
CREOSOTAL

Para curar la tuberculosis, bronquitis, catarros crónicos, infecciones gripales, enfermedades consuntivas, inapetencia, debilidad general, neurastenia, impotencia, caries, raquitismo, escoliulismo, etc. Frasco, 2,50 ptas. Farmacia del Dr. Benedicto, San Bernardo, 41, Madrid, teléfono 634, y principales farmacias.

FLORES CORDIALES

SEMANARIO FESTIVO LITERARIO

CON TRABAJOS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y DIBUJANTES ESPAÑOLES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre.....	1,50	pesetas.
Extranjero, un año.....	9	francos.
Número suelto, 15 céntimos.		

TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana	120	pesetas.
Media ídem.....	60	»
Cuarto de ídem.....	35	»
Octavo de ídem.....	20	»
Segunda plana	100, 50, 25 y 15	»
respectivamente.		
Tercera plana	90, 45, 20 y 10	»
Anuncios breves. —Línea corriente, 50 céntimos.		

COLABORACIÓN

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea.

REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, en forma encuadernable y traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales, cuentos que tendrán una extensión de 30 ó 40 páginas en 4.º menor.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.